

Un comunista *gentleman*: Entre la estancia y el calabozo

Rodolfo Aráoz Alfaro fue dirigente estudiantil reformista; luego abogado defensor de presos políticos y dirigente socialista que después pasó al partido comunista, del que fue apoderado legal durante mucho tiempo. Permaneció en esa organización hasta su muerte en 1968. Su origen "aristocrático" constituyó una marca de su personalidad y actuación que no modificó sus convicciones políticas.

Había nacido en San Miguel de Tucumán el 18 de noviembre de 1901. Su lugar de residencia adulta y el escenario de su principal actuación pública fue Buenos Aires. Permanecía también largas temporadas en una casa de campo y estancia familiar en la provincia de Córdoba.

Abogado de profesión, su militancia estuvo entroncada en los temas jurídicos. Desde su actuación como abogado del Socorro Rojo Internacional y luego de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre hasta un prolongado desempeño como apoderado del partido.

Sus pasos iniciales en la actividad pública se dieron en el movimiento estudiantil, ya desde sus días de alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires. En 1918 aparece como promotor de una huelga estudiantil en apoyo a la flamante reforma universitaria. Se inscribe así en la primera generación reformista.

Luego en la Facultad de Derecho de la UBA llegó a ser secretario del centro de estudiantes de esa facultad y más tarde de la Federación Universitaria Argentina. Militó allí junto a Julio V. González, Carlos Sánchez Viamonte y los hermanos Frondizi.

"Aristocracia".

En las referencias a su personalidad se destaca su raíz "oligárquica". Su linaje venía de una familia ya prominente desde fines del período colonial.

Bernabé Aráoz fue el primer gobernador de Tucumán una vez que esa provincia se autonomiza. Terminó sus días fusilado por sus rivales provinciales. También se inscribe en su prosapia el general Gregorio Aráoz de Lamadrid, combatiente por la independencia, después en las guerras civiles. Y también gobernador de la provincia.

Ya en épocas del centenario los Aráoz contaron con José Ignacio, diputado nacional y miembro del tribunal superior de la provincia.

Su padre, Gregorio Aráoz Alfaro fue un destacado médico considerado un fundador de la pediatría en Argentina. Asimismo dedicó sus empeños al estudio de la tuberculosis. Y a la historia de la medicina en nuestro país.

También fue funcionario público a cargo de unidades vinculadas a la salud, sobre todo como presidente del Departamento Nacional de Higiene a lo largo de casi toda la presidencia de Marcelo T. de Alvear. Después de dividida la Unión Cívica Radical, el ilustre médico se incorporó a la rama "antipersonalista". Por la que fue candidato a gobernador de Tucumán en 1931, sin resultar electo.

Su madre también era de "alta sociedad". Se llamaba María Celina Maturana Ayarragaray. A la estancia familiar se le adjudicaron sus nombres de pila. Quedó como "la María Celina".

El propio interesado no se tomaba esa ascendencia como un baldón ni mucho menos. Se reía de sí mismo en tanto mantuvo toda su vida ciertos *tics* de “niño bien” criado entre sirvientes.

Así lo trasluce una y otra vez en sus memorias, en las que evoca por ejemplo sus ineptitudes para resolver cuestiones domésticas elementales. Las que nunca había tenido a su cargo sino que eran cubiertas por la servidumbre. Como tender la cama, toda una dificultad cuando tuvo que hacerlo en la cárcel.

Hay indicios de que mantuvo los aires aristocráticos toda la vida. Su compañero de partido, el dirigente mendocino Benito Marianetti recordó que en su casa: “Mucamos ceremoniosos nos servían café con guantes blancos en finas tazas de porcelana de Limoges mientras nosotros hablábamos de la Revolución”.

En una nota periodística reciente, del diario cordobés *La Voz del Interior*, se lo describe así: “Culto a la europea, refinado, *bon vivant*, Aráoz era un comunista *sui generis*. Dictaba cursos de materialismo histórico y dialéctico en las escuelas del partido, pero vivía en un piso de la avenida Quintana, en La Recoleta porteña”.

Asimismo hay testimonio de que tenía tres aficiones firmes: La caza mayor, los amigos y las armas. Otros y otras agregan la de las mujeres. Tuvo tres matrimonios y varios episodios sentimentales. Él mismo hace referencias a éstos en sus memorias. Sin dar nombres propios, con la memoria selectiva de un “buen caballero”.

El episodio más resonante de la vida amorosa del futuro apoderado del Partido Comunista fue el que lo unió a la que sería su primera esposa. Así lo cuenta una vecina de su residencia familiar en Córdoba, Felisa Pinto, descendiente de una familia muy vinculada a los Aráoz Alfaro:

“Durante los años de mi infancia, Rodolfo vivió allí con María Carmen Portela, a quien prácticamente había raptado a mitad de la noche de su casa en Buenos Aires. Ella huyó con él a pesar de que estaba casada y tenía hijos chiquitos. Fue el gran escándalo de la alta sociedad de la época, muy Anna Karenina...”

La procedencia familiar y la extracción de clase, en peculiar combinación con su compromiso político, se proyecta sobre su residencia veraniega cordobesa de Totoral, centro de sociabilidad política y cultural durante largo tiempo.

En 1955, a la muerte de su padre, heredó la casa de campo y la estancia de 3300 hectáreas en Totoral, a algo más de ochenta kilómetros de la ciudad de Córdoba, en dirección norte. El ilustre pediatra la había adquirido en 1905. El heredero la conservó hasta su muerte.

Desde fines de la década de 1930 en esa casa se recibió a intelectuales y artistas. Alguno llegó a vivir allí un tiempo, como el matrimonio de María Teresa León y Rafael Alberti, que residieron en la casa a comienzos de la década de 1940. La pareja había ingresado al país después de la guerra de España sin documentos y de forma clandestina. Encontraron un valioso refugio en la propiedad del abogado

Así lo testimonia R.A.A. en su libro de memorias, publicado en 1967:

“Mi casa se llama El Kremlin. Es decir, así la llamaban mis enemigos de Córdoba. Siempre estuvo llena de aborrecidos izquierdistas o intelectuales, que podían haberlo sido o pasaban por tales. Tristán Marof; los Alberti (emigrados de la guerra española); Víctor Delhez, maravilloso artesano flamenco del grabado en madera; Deodoro Roca, Raúl González Tuñón y

Amparo Mom; los Jorge (Faustino y Sarita); Mario Bravo, Rodolfo Ghioldi, Pablo Neruda, y hasta parece que estuvo en su juventud, el Che Guevara. Ahora llegan chilenos de todas clases y reyes del folklore: Cafrune, Tejada Gómez y Mercedes Sosa, o astros de la literatura, como Sábato”.

Neruda fue visitante asiduo y también vivió un tiempo en Totoral. Una muestra de la relación entre ambos es que el chileno escribió el prólogo de sus memorias. El abogado argentino terminaría casado con la que fuera secretaria del poeta, la también chilena y escritora Margarita Aguirre, con quien tuvo dos hijos.

El autor de *Residencia en la Tierra* escribió algunos poemas en la estancia cordobesa, bajo el título común de “oda”: “Oda a la mariposa”, “Oda a las tormentas de Córdoba”, “Oda al nacimiento de un ciervo”, “Oda al algarrobo muerto”, “Oda al albañil tranquilo”, “Oda a un cine de pueblo”, “Oda a la pantera negra”, “Oda con nostalgias de Chile”.

Existe en Totoral un mural que recuerda al poeta comunista. Además de una escultura en la que está representado junto al artista plástico local Octavio Pinto y a Alberti. También parece que pasaron por la casona los artistas visuales de fama mundial Joan Miró y David Alfaro Siqueiros.

En el pueblo había unas 25 casas señoriales de familias que pasaban allí sus veranos u otros momentos de esparcimiento. Entre los vecinos de la zona se encontraba Deodoro Roca, el gran dirigente de la reforma universitaria. Su hermano Héctor fue gran amigo de R.A.A. hasta su muy temprana muerte, a los 23 años. Lo habría influido para su incorporación al socialismo.

En general esas moradas se conservaron y hoy forman parte de un circuito cultural de la localidad. Frente a la llamada “El Kremlin” se encontraba otra apodada “El Vaticano”, porque era habitada por la familia Rusiñol Frías, conservadora y católica, frecuente anfitriona de sacerdotes y obispos. La relación entre los núcleos opuestos era sin embargo cordial.

Otro testigo notable de los días cordobeses es Raúl González Tuñón, quien escribe en un poema dedicado al trotskista boliviano Marof, “El viejo soldado”, fechado en 1935:

... Amparo y yo nos acordamos; nos acordamos de Totoral y las «gacelas»; de Rodolfo y su casa, de María Carmen y su inmensa belleza, de Policho (Cayetano Córdova Iturburu, periodista y crítico de arte) y su afán discutiendo, de Carmen y sus cantos alemanes, de los buenos amigos de Córdoba; Deodoro, Allende, Bergmann (Gregorio Bermann, médico de la izquierda socialista), Carloncho (el jurista y dirigente socialista Carlos Sánchez Viamonte) y no importa que ya nunca jamás nos volvamos a ver, que incluso; no pensemos de la misma manera frente al drama del mundo, no me importa, sólo me importa recordarte...”

Ya a comienzos de 1934, llegó a la casa solariega el boliviano. Conminado por el ministro del interior Carlos Melo a confinarse en algún sitio, se cruza en Tucumán con Córdova Iturburu, quien lo habría atraído a Totoral “con el pretexto del clima, de la caza de gacelas y corzuelas, y por fin, con la idea de estudiar un poco de marxismo”.

Allí escribió el boliviano un libro, *Habla un condenado a muerte*, sobre su recorrido por Argentina. Contaba con prólogo de R.A.A. Se publicó en 1936.

El tucumano fue su abogado. En ese carácter consiguió librarlo de un encarcelamiento en el penal de Villa Devoto. Fue puesto en libertad a condición de un nuevo confinamiento en Córdoba. Resulta significativa esta relación de compañerismo entre alguien que ya en esa

época estaba cercano al partido comunista con un connotado trotskista. Se le suma que mantenía un vínculo similar González Tuñón, comunista activo.

Del socialismo obrero al comunismo

Luego del golpe de septiembre de 1930, el joven letrado toma una decisión con aristas polémicas: Ser funcionario de la dictadura. Fue en un organismo con “funciones sociales”, el Departamento Nacional del Trabajo.

El mismo que dirigió una década y media después el entonces coronel Juan Domingo Perón, antes de ser designado al frente de la secretaría de Trabajo y Previsión. R.A. A. pasó a desempeñarse como jefe de la asesoría jurídica del organismo.

Se incorporó a esa área junto con Faustino Jorge, dirigente socialista que era su superior. Ambos eran por entonces jóvenes intelectuales cercanos al partido socialista. Según Tulio Halperin Donghi, R.A.A. “... buscaría dar un sesgo avanzado a la política laboral del gobierno provisorio desde el Departamento Nacional del Trabajo.”

Por la misma época continuó con su militancia universitaria. Así lo narra en un pasaje de sus memorias:

“(...) la lucha se hizo más enconada y los grupos fascistas, que al principio no tuvieron ningún papel, comenzaron a ejercer presión y a pelear, apoyados por el gobierno militar del general Uriburu y por todas las fuerzas retrógradas del país. Empezó a haber asaltos y tiroteos. Yo, buen tirador y experto en armas, fui designado para organizar nuestra ‘autodefensa’. Siempre que iba a haber lío, decía: no se olviden de avisarles a los Frondizi. Y venían efectivamente, y bien armados”

En 1932 se afilia al Partido Socialista, tal como lo habían hecho otros jóvenes de la generación reformista y amigos suyos, como Sánchez Viamonte y González. Colabora en distintos órganos de prensa vinculados al partido. Por ejemplo en el periódico *Cauce. Tribuna de la izquierda socialista*, que dirige Ernesto Giúdice.

Entre la dirigencia partidaria tradicional adquiere un fuerte vínculo con Mario Bravo, de quien fue cotidiano colaborador.

Poco después lidera, junto a Benito Marianetti, Giúdice y Jorge, el “ala izquierda” partidaria. En 1934, la izquierda postula afirmar la condición de partido de clase e internacionalista, contraria a los acuerdos con los partidos burgueses. Proponen el frente único con el Partido Comunista.

La dirección partidaria resuelve la disidencia por medio de expulsiones y disolución de centros. Gran parte de la izquierda se separa para constituir, en mayo de 1937, el Partido Socialista Obrero (PSO). Aráoz Alfaro llega a ser prosecretario y director de su órgano *Avance*. El PSO, agitado por divergencias internas inconciliables, tendrá una vida efímera.

En el congreso partidario celebrado en octubre de 1938 se expulsa al sector trotskista que lidera Enrique Broquen y termina por imponerse el ala procomunista que conducen R.A.A. y Marianetti

Puede resultar de interés acercarse a cómo visualiza ese proceso la dirigencia comunista. En el *Esbozo de historia del partido comunista argentino*, publicado por las autoridades partidarias en 1947, puede leerse:

“Este despertar del desarrollo del movimiento obrero y de la actividad democrática y antifascista, tuvo su repercusión en el seno del Partido Socialista, en el que nació una corriente de izquierda favorable al entendimiento con los comunistas para la formación del Frente Popular. Esa corriente tenía como líder al compañero Benito Marianetti e intervenían en ella Ernesto Giúdice (sic), Rodolfo Aráoz Alfaro y otros.”

“Estos camaradas, al comienzo de su actuación como izquierda del Partido Socialista, tuvieron actitudes confusas, pero luego se fueron orientando decididamente a favor de la Unión Soviética y de la unidad de acción con los comunistas, para la lucha común contra el fascismo y contra el imperialismo, Ernesto Giudice ingresó en esa época al Partido Comunista proveniente del grupo de izquierda *Cauce*.”

“En su carta pidiendo afiliación reconocía al Partido Comunista como el único Partido obrero del país, e invitaba a los demás integrantes de su grupo a imitar su ejemplo.” (...) Mientras tanto, los demás camaradas de la izquierda socialista se organizaban alrededor de la revista *Izquierda*, que dirigía, entre otros, Marianetti, y que desembocó en la escisión del Partido Socialista, dándose lugar a la formación del Partido Socialista Obrero. (...) Como es sabido, el Partido Socialista Obrero tuvo varias crisis interiores, se fue depurando sucesivamente de elementos reformistas, de provocadores (Joaquín Coca) y trotskistas (Mateo Fossa, B. Fiorini y otros) y terminó disolviéndose. Sus mejores hombres ingresaron a las filas del Partido Comunista.”

Ese tránsito coincidía con un momento de auge comunista. Ampliaba su presencia en el movimiento obrero, con la dirección de federaciones sindicales decisivas, como las recién constituidas de la carne y la construcción.

También crecía su influjo sobre sectores intelectuales y profesionales. La conformación de la poderosa Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), con su aliado Aníbal Ponce a la cabeza, marcó un punto alto en ese campo.

Asumida hace poco la nueva línea política, de formación de frentes populares, los comunistas locales supieron ponerse en consonancia con el avance del antifascismo, en quiebra con el relativo aislamiento que vivían con anterioridad.

Es cierto que eran víctimas de implacables persecuciones. Con muchos de sus miembros torturados por la Sección Especial. Y proyectos de ley dedicados a la persecución del partido. La lucha contra esos desmanes estatales integraría parte sustancial del desempeño partidario de los flamantes afiliados.

En 1937, el hombre de Totoral participa en la fundación de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre en representación del socialismo obrero, junto con Marianetti. Ya había integrado el cuerpo de abogados del inmediato antecesor de la LADH, el Socorro Rojo Internacional.

En 1940, Joaquín Coca, quien fuera miembro del socialismo obrero, produce un texto de denuncia anticomunista titulado *Quinta Columna bolchevique*. Allí acusa a los comunistas de malévol captación de jóvenes con origen de clase alta:

“... los comunistas consiguieron durante la dictadura del general Uriburu atraer a su esfera de acción a los jóvenes Enrique Broquen, estudiante de derecho, hijo del general del mismo apellido; a Rodolfo Aráoz Alfaro, abogado, hijo del conocido médico de los mismos apellidos; a Faustino Jorge, también abogado, e igualmente de ilustre abolengo; a Liborio Justo, hijo del general Justo, presidente de la Nación Argentina...”

Coca pone bajo sospecha toda la actuación del futuro apoderado del partido, e insiste sobre su paso como funcionario de la dictadura:

“...Aráoz Alfaro, ocupó en 1930, durante la dictadura un alto cargo en el Departamento N. del Trabajo, y actuó como secretario del Congreso del Trabajo celebrado en mayo de 1931, para iniciar una especie de sindicalismo corporativista, según el modelo italiano, y cuyo discurso inaugural pronunciara el entonces ministro del Interior, doctor Matías Sánchez Sorondo, activo traga comunistas, el cual dijo que esa asamblea tenía por objeto acabar con el sindicalismo ‘rojo’.”

“Pues bien. El secretario de semejante congreso se encontraba meses después en el Partido Socialista, actuaba como profesor de “marxismo”, era un rabioso opositor a la dirección partidaria, y, como revolucionario, parece que no dejaba nada que desear.”

Todo el texto está destinado a la denuncia de la parte procomunista del socialismo obrero como agentes conscientes y traidores puestos de antemano al servicio del P.C

Frente al peronismo.

Ya incorporado al comunismo, acompañó el posicionamiento de su organización frente al régimen militar nacido del golpe de junio de 1943. Y los atropellos dictatoriales serían objeto de su labor como abogado defensor. Al poco tiempo lo pagaría con una extensa temporada en prisión.

Poco después de actuar ante la Cámara del Crimen por las torturas infligidas a un dirigente obrero, es detenido por la Sección Especial y remitido a la cárcel de Villa Devoto, ya en 1944.

A fines de agosto del mismo año, un grupo de detenidos comunistas, con él entre los cabecillas, efectúa un acto celebratorio de la liberación de París de la dominación nazi. La represalia es el traslado a la isla Martín García, a la que define en sus memorias como “campo de concentración”, y describe con tintes sombríos.

Sus testimonios sobre el ofensivo estado edilicio, sanitario y los malos tratos y torturas de los lugares de detención son muy elocuentes. Ocupan lugar destacado en su libro de memorias. No es por azar que este se titula: *El recuerdo y las cárceles*.

Las prisiones ocuparon un lugar protagónico en la vida de R.A.A. Su carácter de apoderado y defensor de presos lo llevaba de continuo a ese ámbito. Y fue encarcelado con suma frecuencia como respuesta a su decidida acción en defensa de los compañeros de lucha.

En 1945 es dejado en libertad con la obligación de salir del país. En el exilio montevideano se integra a una de las dos organizaciones que forman allí los opositores expatriados, *Patria Libre*. Asimismo colabora en el periódico *Pueblo Argentino*, que dirige Rodolfo Ghioldi. Y participa en diversas actividades públicas en la capital uruguaya, incluido un homenaje a la España Republicana en el que habló sobre las Brigadas Internacionales.

En los últimos meses del mismo año, ya de regreso al país, el tucumano participó en la “Marcha de la Constitución y la Libertad”. Y fue una figura de la naciente Unión Democrática. Estuvo incorporado a la mesa directiva junto con R. Ghioldi. Ofició como orador por el P.C. en un acto de masas frente al Palacio del Congreso el 8 de diciembre de ese año.

La exposición de Aráoz Alfaro siguió el pensamiento y la acción de los comunistas argentinos en ese momento. En esa línea, la justicia social proclamada por Perón no era tal debido a la pasividad de los beneficiarios, con mejoras sociales dadas desde arriba, bajo tutela y sin una lucha en un contexto de libertades. Así reflejan su discurso los diarios de la época.

Presentadas las listas de candidatos, fue postulante a diputado en la lista de su partido en los comicios de febrero de 1946.

Luego de la decepcionante derrota, ya apoderado del P.C y miembro del Comité Central, estuvo firme en la actuación contra las frecuentes detenciones y torturas de militantes comunistas. También revistó en las listas en la mayoría de las elecciones de esa etapa. Como postulante a diputado nacional y en su momento a convencional constituyente.

En 1954 sufre una nueva detención en el penal de Villa Devoto, enmarcada en una *razzia* de centenares de dirigentes y activistas.

Ya en libertad, fue testigo directo del bombardeo de junio de 1955, ya que por motivos profesionales se encontraba en la zona de Plaza de Mayo en el momento del ataque. Emite a ese propósito una condena sin atenuantes. Y además se lamenta por la aquiescencia “gorila” hacia la masacre:

“No he presenciado ni oído relatar un acto de terrorismo más crudo, que el de esos aviadores que asesinaban a la masa popular, desarmada -cualquiera fuera su ideología- con la más cínica alevosía, antes de emprender la fuga. Nunca he visto el odio de clases tan a las claras.”

“Sin embargo, durante muchos años, esos aviadores han sido considerados, por una buena parte de la población, como verdaderos héroes.”

Sobrevenida la llamada “revolución libertadora”, también trasmite una mirada crítica hacia las marcas de clase del antiperonismo. Sin eximir a una parte de la izquierda, si bien reparte las culpas:

“Se produjo en los barrios céntricos una eclosión de entusiasmo, al que se aliaron, consciente o inconscientemente, sectores de la izquierda, arrastrados por los desmanes que cometieron, especialmente en el último tiempo, los allegados al General.”

“Pero algunas escenas que siguieron a ‘la Libertadora’ dieron muy claramente la medida del verdadero sentido del golpe. Desde la ventana de casa vimos cosas muy significativas; señoras y señoritas ‘de la buena sociedad’ encararse con muchachas del servicio, en la calle y gritarles: ‘Ahora van a trabajar ¡Se les acabó el tiempo de la haraganería...! ¡Negritas! ¡Sinvergüenzas!’ Las muchachas (morenas muchachas de provincia) aguantaron con estoicismo ese desborde de la prepotencia oligárquica.”

En 1957 R.A.A. fue uno de los arrestados en la llamada “Operación Cardenal”, una gran *razzia* de dirigentes y figuras notables del comunismo en tiempos de la “revolución libertadora”. Todo el grupo fue detenido en una embarcación que respondía al nombre “París”. Los “libertadores” tenían en la mira al P.C., que en ese momento ya intentaba modalidades de

unidad con el peronismo proscrito. Sobre todo en el plano sindical. Allí participaron en la Intersindical y en la primera versión de las 62 organizaciones.

Entre los detenidos está Samuel Schmerkin, uno de los abogados comunistas de mayor gravitación. Emilio Troise, médico y destacado intelectual. Leónidas Barletta escritor y adalid del “teatro independiente”, que no era afiliado. Jorge Thenon, psiquiatra de renombre. También una parte de la cúpula partidaria, encabezada por Orestes y Rodolfo Ghioldi y Héctor Agosti.

En 1959 sobrevendría otra detención de R.A.A. enmarcada en la reciente ilegalización del P.C y de medidas de protesta propiciadas por el Movimiento Obrero Unificado (MOU), que encarnaba en ese momento la conjunción de sindicatos de dirección tanto peronista como comunista.

Detuvieron a dirigentes como el comunista Rubens Iscaro (Secretario general de la Unión Obrera de la Construcción y miembro de la Mesa del MOU); Andrés Framini (Secretario general del gremio textil), y varios otros sindicalistas. Una vez más el apoderado tuvo el “honor” de acompañarlos, también él en situación de preso.

En el mismo año le fue impedido un viaje a China, invitado por autoridades del gigante asiático. En ese proceso sufrió una nueva detención. Al año siguiente consiguió la concreción de ese recorrido.

Según Horacio Tarcus R.A.A. se inclinó por China en ocasión de la ruptura sinosoviética. Cuando ese quiebre tuvo proyección política en nuestro país a través de la formación del Partido Comunista Revolucionario, habría decidido permanecer pese a todo en las filas partidarias, aunque ya sin un rol activo.

Murió al año siguiente, el 3 de noviembre de 1968 en su habitual refugio de Totoral.

A diferencia de varios de sus camaradas, R.A.A. no tuvo vocación constante de escritor. Por fuera del citado volumen de memorias, los pocos otros libros que publicó estuvieron conformados por escritos de temática jurídica. Ligados sobre todo a su labor como abogado.

Un ejemplo algo diferente, si bien dentro de la temática jurídica, es *Una ley amenaza a la clase obrera*, publicado en 1936. Constituye un análisis del proyecto de ley represiva del comunismo que promovía el senador y antes ministro Matías Sánchez Sorondo, conservador de simpatías fascistas.

Su libro de memorias excede el plano de la evocación autobiográfica. Proporciona muchos indicios útiles para la comprensión de la cultura política de los comunistas. Sobre todo en lo relacionado con el enfrentamiento al aparato represivo, la solidaridad con presos y sus familias, la defensa legal y la crítica a un sistema persecutorio y proscritivo.

También acerca muchos detalles sobre los modos de organizarse en prisión, la disciplina y tareas compartidas que se imponían, los modos de resistencia a las autoridades carcelarias. Incluidos actos de protesta y propaganda en los mismos recintos de detención.

Si bien existen varias otras narraciones sobre el transcurso de los comunistas argentinos en las cárceles, incluso de colegas abogados, la de R.A.A. es reforzada en su atractivo por su

amenidad y hasta abundante sentido del humor. No resulta ocioso el subtítulo “Memorias amables”. Los padecimientos experimentados no le impusieron una impronta adusta a su relato. Merecería sin duda una reedición.

El recorrido por la trayectoria de este “patricio” del norte argentino volcado a la causa del socialismo transmite contradicciones. E indicaciones acerca de la complejidad de las prácticas y la cultura política de los comunistas argentinos. Asimismo de sus cambios durante diferentes etapas.

Con respecto a su actuación personal no cabe olvidarse de sus hectáreas de campos. Tampoco de su inquebrantable dedicación a los presos políticos y la lucha contra la represión. Ambos aspectos pueden escindirse en abstracto. En su trayectoria vital conformaron una unidad inseparable.